



WANTED
LA MUJER MÁS BUSCADA
★ DE AMÉRICA ★

Una autobiografía

Prefacio de
Angela Davis

Capitán Swing®

ASSATA SHAKUR

Una autobiografía

Assata Shakur

Prefacio de
Angela Davis

Traducción de
Ethel Odriozola
Carmen Valle

colección
Entrelíneas

Capitán Swing 

Prefacio

Angela Y. Davis

En los años setenta, mientras Assata se encontraba a la espera de juicio acusada de complicidad en un asesinato, yo participé en un acto benéfico en la universidad de Rutgers, en New Brunswick, Nueva Jersey, con el fin de recaudar fondos para su defensa. En aquel momento, ella se encontraba en la cercana cárcel de hombres del condado de Middlesex. Un profesor de la universidad de Brunswick, Lennox Hinds, me había invitado a participar en el acto como ponente. Lennox era uno de los líderes del Congreso Nacional de Abogados Negros (National Conference of Black Lawyers) y representaba a Assata en un juicio federal para protestar por las atroces condiciones de su reclusión en la cárcel de Nueva Jersey. Anteriormente, él había trabajado en mi caso, y ambos habíamos colaborado en la dirección de la Alianza Nacional contra la Represión Política y Racista (National Alliance Against Racist and Political Repression) desde su fundación en 1973. En el evento se encontraban profesores de la universidad de Rutgers, un número considerable de profesionales negros y activistas locales, que constituían el pilar principal de las

numerosas campañas para liberar a los presos políticos de aquella época.

Fue un acto alegre, lleno del optimismo de aquellos tiempos. Mi reciente absolución de los cargos de asesinato, secuestro y conspiración constituía un ejemplo dramático de cómo podíamos desafiar con éxito las ofensivas del Gobierno contra los movimientos antirracistas radicales. Por muy poderosas que fueran las fuerzas desplegadas contra Assata —el programa de contrainteligencia del FBI y las organizaciones policiales de Nueva York y Nueva Jersey —, en aquel momento nadie podría habernos persuadido de que no podíamos construir un movimiento triunfante para su liberación. Aquel acto era un pequeño paso en esa dirección y al salir de él nos sentíamos bastante satisfechos con los tres mil dólares recaudados aquella tarde.

Para entonces, todos los militantes radicales habíamos aprendido a asumir como un hecho que nuestros actos públicos estaban sujetos de manera habitual a la vigilancia de la policía o del FBI o de ambos. Sin embargo, no estábamos preparados en absoluto para lo que parecía una repetición de los hechos ocurridos en 1973 por los cuales Assata se enfrentaba a una acusación por asesinato. Ella viajaba con Zayd Shakur y Sundiata Acoli por la autopista de peaje de Nueva Jersey cuando les detuvo la policía estatal alegando que no funcionaba una luz trasera del vehículo. Como resultado de ese encuentro, Assata quedó herida en estado crítico y dos personas más, el agente de la policía estatal Werner Forster y el amigo de Assata, Zayd Shakur, murieron. Cuando un grupo de nosotros salimos del acto benéfico y nos dirigíamos por una carretera

secundaria hacia la casa de Lennox, donde íbamos a hacer una pequeña fiesta, nos sorprendió bastante que un coche de la policía local nos hiciera señales para que nos detuviéramos. A mi amiga Charlene Mitchell, que en aquel momento era la directora ejecutiva de la Agencia, le dijeron que bajara del vehículo, junto con el conductor y el otro pasajero que venía con nosotros. Mientras los policías se burlaban de nosotros llevándose la mano a la funda de las pistolas de manera ostensible, a mí se me ordenó que permaneciera en el automóvil. Lennox, a cuyo coche seguíamos, inmediatamente dio la vuelta y se acercó a la policía con su identificación como abogado en la mano, explicando que era nuestro representante legal. Esto hizo que los agentes se pusieran muy nerviosos, hasta el punto de que uno sacó del vehículo un fusil antidisturbios con el que apuntó a Lennox desde cerca. Todos nos quedamos paralizados. Sabíamos demasiado bien que cualquier pequeño gesto inocente podía ser interpretado como que estábamos intentando sacar un arma y que ese enfrentamiento podía convertirse fácilmente en algo similar al que había terminado en la acusación de asesinato contra Assata.

La justificación espuria que dio la policía para esta emboscada fue que había una orden de arresto contra mí (algo que luego se demostró que era mentira). Aunque se nos permitió irnos, apenas llegamos a la casa de Lennox descubrimos que ya habían pedido refuerzos y que literalmente habían rodeado la vivienda. A pesar de que allí se encontraba una de las primeras juezas negras del Estado y otras personalidades prominentes, nos vimos obligados a

contactar con poderes más elevados en Washington, como el congresista John Conyers. Pensamos que pedir una escolta federal para salir del Estado podría aplicar cierta presión a la policía local. Éste era el tipo de medidas y de amistades necesarias en tiempos tan inestables.

Me he detenido con detalle en ese incidente simplemente porque puede ayudar a los lectores de la autobiografía de Assata, no sólo a centrarse en el papel político desempeñado por la policía en los años setenta, sino también a comprender mejor aspectos históricos importantes del frecuente estereotipo racial asociado con las prácticas policiales de la actualidad. Tal perspectiva histórica resulta particularmente relevante hoy en día, cuando expresiones descaradas de racismo estructural, como es el patrón de encarcelamiento en masa al que están sometidas las comunidades de color, se vuelven invisibles por el ambiente dominante de pánico a la delincuencia. Y por si esto fuera poco, nos encontramos con que al mismo tiempo medidas como los programas de acción afirmativa y otras redes de seguridad como el sistema de prestaciones y ayudas están siendo desmantelados de forma sistemática.

Cuando Richard Nixon enarboló el eslogan de «Ley y orden» en la década de los setenta, éste se usó en parte para desacreditar al movimiento de liberación negro y para justificar la utilización de las fuerzas del orden, los tribunales y las prisiones contra figuras clave de éste y otros movimientos radicales de esa época. Hoy en día, el emparejamiento irónico de un índice decreciente de criminalidad y la consolidación de un complejo industrial de prisiones, que hace del incremento de la tasa de

internamiento una necesidad económica, ha facilitado el encarcelamiento de dos millones de personas en Estados Unidos. En este contexto ideológico, a presos políticos como Assata Shakur, Mumia Abu-Yamal y Leonard Peltier se les representa en el discurso político popular como a criminales que merecen ser ejecutados o pasar el resto de su vida entre rejas.

A finales de los noventa, la histeria racista centrada en Assata fue reavivada cuando, al parecer, el Cuerpo de Policía Estatal de Nueva Jersey convenció al Papa Juan Pablo II de que aprovechara su primer viaje a Cuba para presionar a Fidel Castro de manera que accediera a extraditarla. Por si fuera poco, la gobernadora del Estado, Christine Todd Whitman, ofreció una recompensa de cincuenta mil dólares, cuyo importe posteriormente se dobló, por el regreso de Assata y el Congreso aprobó una ley en la cual se instaba al gobierno cubano a iniciar el procedimiento de extradición.

En una carta abierta dirigida al Papa, Assata formula una pregunta que debería preocuparnos a todos: «¿Por qué, me pregunto, merezco tanta atención? ¿Por qué represento tal amenaza?». Todos tendríamos que plantearnos seriamente estas preguntas. ¿Por qué se la ha erigido como la enemiga pública número uno de los años setenta, sólo para volver a aparecer a finales del siglo xx como un objetivo particular de gobernadores de estados, del Congreso y de la Orden Fraternal de la policía? ¿Qué se le ha obligado a representar? ¿Qué función ideológica desempeña esta representación?

En los años setenta, su imagen aparecía en pasquines oficiales del FBI y de los medios de masas como prueba visual de las motivaciones terroristas del movimiento de liberación negro. Se asumía que los activistas negros eran enemigos del Estado y se les asociaba con los desafíos comunistas contra la democracia capitalista. La prolongada persecución de Assata, durante la cual se la demonizó de maneras que hoy resultarían impensables, sirvió además para justificar el encarcelamiento de un gran número de activistas políticos, muchos de los cuales permanecen en prisión en la actualidad.

Veinticinco años después, el re-diseño de la imagen de Assata como enemiga pública resulta aún más perjudicial, pues omite el contexto político original y la retrata como una delincuente común, ladrona de bancos y asesina. Desenterrar esa imagen desde el pasado para fines muy contemporáneos sirve para justificar la consolidación de un vasto complejo industrial de prisiones, que la propia Assata ha descrito como «... no sólo un mecanismo para convertir el dinero público procedente de los impuestos en beneficios para las corporaciones privadas, [sino también] un elemento esencial del capitalismo neoliberal moderno». A su modo de ver, esta nueva formación cumple dos propósitos: «uno, sirve para neutralizar y contener a enormes segmentos de sectores potencialmente rebeldes de la población y, dos, para mantener un sistema de sobre-explotación, por el que permanecen encarcelados fundamentalmente presos negros y latinos en comunidades rurales blancas que actúan como supervisoras».

Como muestra la cita de arriba, Assata mantiene totalmente su compromiso con la política radical contemporánea específica de Estados Unidos, aunque no ha podido visitar este país desde su huida de prisión y su decisión de instalarse en Cuba hace muchos años. A medida que se va leyendo su extraordinaria autobiografía, se descubre a una mujer que no tiene nada en común con esas representaciones hostiles que se niegan a desaparecer. Insto a los lectores a que reflexionen sobre lo que debe haber significado para ella no poder asistir al funeral de su madre o conocer a su nuevo nieto. Al ir siguiendo la historia de su vida, se descubre a un ser humano de gran compasión, con un compromiso inquebrantable con la justicia, cualidades que se comprenden sin dificultad a pesar de las diferencias raciales o étnicas, tanto estando dentro como fuera de prisión y que viajan en el tiempo y a través de los océanos.

Assata nos habla a todos y cada uno de nosotros, en particular a aquellos de nosotros que están recluidos en una red global creciente de prisiones y cárceles. En un momento en que el optimismo ha retrocedido en nuestro vocabulario político, Assata nos ofrece regalos de valor incalculable: esperanza e inspiración. Sus palabras nos recuerdan, como una vez comentó Walter Benjamin, que la esperanza se nos ha concedido sólo por el bien de aquellos que no la tienen.

Prólogo

Lennox S. Hinds

La publicación de esta extraordinaria autobiografía ofrece una oportunidad poco común para mirar más allá de las distorsiones de la realidad, cuidadosamente orquestadas, que rodean la vida y motivaciones de Assata Shakur. Con una escritura sencilla y vívida al abordar el racismo que impregnó su infancia y juventud (esas experiencias habituales de las personas negras en los Estados Unidos y que han conducido a muchos a la desesperanza y a bastantes a la rebeldía), Assata nos hace entender mejor a todos la sociedad en la que vivimos. Claramente, fue el racismo que permeaba cada aspecto de las primeras etapas de la vida de esta joven sensible, apasionada por la vida y muy dotada intelectualmente, mientras luchaba por construir su propia identidad, lo que la llevó a buscar soluciones al impacto catastrófico de este fenómeno y de la opresión económica en la vida de todas las personas de color en Estados Unidos. Es la América racista la que proporciona el contexto para el surgimiento de esta revolucionaria negra.

Las luchas por la autodeterminación constituyen un fenómeno del siglo xx. Estas luchas a menudo se entienden y reciben apoyo por parte de las personas de buena voluntad en Estados Unidos cuando tienen lugar en Sudáfrica, El Salvador, Filipinas o en campos de refugiados palestinos. En las propias palabras de la autora, al referirse a sus propios esfuerzos para creer y buscar un sentido en las calles de Nueva York y en el Sur cuando era niña y ya como mujer, presenta un argumento tan claro para la autodeterminación y el desarrollo en Estados Unidos como lo hacen las vidas de sus hermanos y hermanas por todo el mundo. Pues aunque su libro es intensamente personal, también es absolutamente político. Assata escribe sobre sus vivencias no como un símbolo histórico que busca cristalizar la «vida oficial» sino como alguien cuyas experiencias en busca del cambio pueden proporcionar una clave para su propia vida y para la de todos aquellos que, como ella describe de forma tan vívida, «han sido encarcelados por los sin ley. Esposados por los odiadores. Amordazados por los avariciosos», y para quienes «un muro es sólo un muro y nada más que eso. Se puede derribar».

Como abogado, profesor y estudiante de la historia, sé que, aunque la peripecia vital de Assata puede ser única en su energía, creatividad y pasión por la vida y por los principios, también es típica de las formas en que Estados Unidos ha respondido históricamente a individuos a los que el gobierno considera una amenaza política para la paz nacional.

Dado que Assata pasa muy por encima al hablar de los hechos que la llevaron a que se convirtiera en objetivo de los disparos de la policía en la Autopista de Peaje de Nueva Jersey en 1973 y de lo endeble de la evidencia que se usó para condenarla finalmente en 1977, intentaré esbozar algunos de los detalles que contribuyeron a la imagen aterradora generada por el Estado con la complicidad activa de los medios de comunicación.

Conocí a Assata Shakur por primera vez en 1973, cuando ella yacía en un hospital, moribunda, esposada a la cama, mientras agentes de las policías local, estatal y federal intentaban interrogarla. Como director nacional del Congreso Nacional de Abogados Negros, una organización a la que se ha recurrido para defender a activistas políticos de la comunidad negra desde su fundación en 1968, no me resultaban desconocidas las campañas de desinformación cuidadosamente orquestadas que las fuerzas del orden, locales, estatales y federales, bajo el liderazgo del FBI, usaban contra los activistas negros.

Antes de conocer a Assata, habíamos representado a Angela Davis, habíamos iniciado averiguaciones sobre las ejecuciones policiales de los líderes de las Panteras Negras Fred Hampton y Mark Clark ocurridas en 1969 y sobre las acusaciones y el ataque de la policía contra los líderes de la República de la Nueva África (Republic of New Afrika) en 1971. También habíamos defendido a otros muchos hombres y mujeres negros identificados como objetivos del FBI. La vigilancia sistemática por parte de esta organización de grupos e individuos negros, así como los ataques contra ellos, estaban organizados por su programa

de contrainteligencia (COINTELPRO), dirigido de manera específica contra lo que el FBI denominaba «grupos de odio nacionalistas negros». Los primeros objetivos del COINTELPRO fueron Martin Luther King y miles de activistas de los derechos civiles menos prominentes. En otro sitio^[1] he escrito de forma extensa sobre este programa de contrainteligencia y sobre la destrucción y el desbaratamiento criminal de los grupos negros y de sus líderes, que constituían sus objetivos concretos. En ese libro se reproducían también documentos relevantes y válidos más allá de toda duda recogidos en el informe del comité Church del Comité Selecto del Senado para el Estudio de las Operaciones Gubernamentales con respecto a actividades secretas de inteligencia. Por otro lado, los descubrimientos del Subcomité de Inteligencia Interior (Domestic Intelligence Subcommittee), encabezado por el Senador Walter Mondale y publicados por la Imprenta del Gobierno de EE.UU. en 1976, proporcionaban pruebas incontestables sobre la conspiración auspiciada por el gobierno contra los derechos civiles y humanos de todo tipo de activistas políticos y, de manera muy particular, de los de raza negra.

Conviene recordar que la decisión de Assata Shakur de unirse a las Panteras Negras tuvo lugar poco después de que J. Edgar Hoover ordenara a las cuarenta y una oficinas del FBI que intensificaran sus esfuerzos «para sacar a la luz, desbaratar, confundir, desacreditar y neutralizar por todos los medios posibles» a las organizaciones nacionalistas negras y a sus líderes. El Comité Coordinador de Estudiantes No-violentos (SNCC, por sus siglas en

inglés), el congreso de Líderes Cristianos del Sur (SCLC), la Nación del Islam y, por encima de todos, las Panteras Negras fueron elegidos como objetivos concretos, como lo fueron, entre muchos otros negros, Stokely Carmichael, Rap Brown, Elijah Mohammad, Fred Hampton, Mark Clark y, como veremos, Assata Shakur, también conocida como JoAnne Chesimard.

Como ahora resulta evidente,^[2] el FBI, en cooperación con fuerzas del orden a nivel local y estatal, llevó a cabo una campaña cuidadosamente orquestada de inteligencia y contrainteligencia, iniciada al menos en 1971 y diseñada para criminalizar, calumniar, acosar e intimidar a Assata Shakur. Para cuando fue tiroteada y detenida en la Autopista de Peaje de Nueva Jersey el 2 de mayo de 1973, pesaba sobre ella una orden de búsqueda y captura por varios delitos de extrema gravedad.

El FBI y la policía de la Ciudad de Nueva York habían generado un volumen masivo de propaganda pre-judicial con el objeto de crear una imagen de peligrosidad y de que fuera declarada culpable por los medios de masas bastante antes de que hubiera tenido lugar ningún juicio. Se habían emitido órdenes para detenerla, viva o muerta. Ella describe la zozobra y el terror cuando comenta:

Fuera donde fuera, tenía la sensación de que si giraba la cabeza en cualquier momento, me toparía con una pareja de policías que me seguían. Si miraba por la ventana: allí estaban, en mitad de Harlem, delante de mi casa, dos hombres blancos sentados leyendo el periódico. Incluso hablar en mi propia casa me daba un miedo de muerte.

Assata ya no podía volver a casa. Estaba en la Lista de Personas Más Buscadas del FBI, acusada de ir armada, de

atracos a bancos y, posteriormente, de secuestro y asesinato. El 10 de julio de 1972 apareció en un anuncio a toda página publicado en el periódico neoyorquino *Daily News* una fotografía, presuntamente de Assata Shakur, tomada en la escena de un robo a un banco que había tenido lugar en agosto de 1971. Era el duplicado de un póster que se puso en todos los bancos de la ciudad y del estado de Nueva York, en oficinas de correos y en las estaciones de metro. El anuncio que rezaba: «SE BUSCA POR ROBO A MANO ARMADA. Recompensa: 10.000 dólares» aparecía sobre cuatro fotos, una de ellas de una mujer presuntamente tomada durante el robo al banco en 1971. Bajo la foto, en grandes letras mayúsculas, aparecía el nombre «JoAnne Deborah Chesimard».

Durante el juicio por este delito, que concluyó con una declaración de inocencia, el jurado descubrió que no se trataba de una foto de Assata Shakur (JoAnne Chesimard). La foto había sido hecha pública por el FBI y la Oficina del Fiscal General de EE.UU., quienes se la pasaron a la Clearing House Association de Nueva York (una asociación de bancos), que fue quien colocó el anuncio y los pósters. Incluso después de que ella fuera declarada inocente de ese robo en enero de 1976, en marzo de ese mismo año apareció en el *Daily News* otro anuncio en que se ofrecía la misma recompensa por la captura de ladrones de bancos que seguían en libertad. Esta vez, sin embargo, la fotografía era claramente de Assata, con la palabra «Capturada» escrita claramente en diagonal encima. Este póster apareció dos meses después de la declaración de inocencia por el robo de agosto de 1971, dos años después

de que fuera declarada inocente del robo a un banco en septiembre de 1972 y cuando no existía ningún cargo contra ella por atracos a bancos.

El 12 de febrero de 1973, cuatro meses antes de que Assata fuera capturada en la Autopista de Peaje de Nueva Jersey, la revista *New York* publicó un artículo con el título «Objetivo azul», escrito por Robert Daley, que en realidad era un extracto de un libro con el mismo título. La portada de la revista mostraba a un policía de uniforme. La entrada era «Lo que hay detrás de los asesinatos de agentes de la ley». El artículo pretendía proporcionar detalles sobre el funcionamiento interno del Ejército de Liberación Negro, cuyas actividades, se afirmaba, consistían en matar policías, robar bancos y tratar de derribar al gobierno de EE.UU. Sobre una foto de Assata Shakur aparecían las palabras «Pistoleros del Ejército de Liberación Negro» y el antiguo vice-comisionado de policía Daley la describía como «la gallina clueca que los mantiene a todos unidos, la que los hace seguir, la que los mantiene en la lucha.» A pesar de estos linchamientos mediáticos, la única acusación contra ella por matar a un oficial de policía fue sobreseída en octubre de 1974 por falta de pruebas.

Como muestra la tabla que sigue a este prólogo, el 2 de mayo de 1973, cuando se produjo el tiroteo en la autopista de Nueva Jersey, Assata estaba «buscada» por estos delitos. La ironía es que ninguno de ellos terminó en condena. Cuando la capturaron y le dispararon en la autopista, lo que llevó a su única condena, ella tendría que haberse beneficiado de la presunción de inocencia que la Quinta Enmienda de la Constitución de EE.UU supuestamente

concede a cualquiera de nosotros en caso de que se nos acuse de algo.

Ese día, 2 de mayo de 1973, Assata, Sundiata Acoli y Zayd Malik Shakur viajaban hacia el sur por la autopista de peaje de Nueva Jersey en un Pontiac blanco. Les detuvo el agente de la policía estatal James Harper por motivos acordes con las directrices del programa COINTELPRO del FBI, según las cuales había que arrestar a los activistas políticos por pequeñas infracciones de tráfico. Supuestamente el Pontiac tenía mal las luces traseras. El testimonio del policía, sin embargo, parece sugerir que ese vehículo era simplemente un objetivo.

Harper declaró que la primera vez que vio el vehículo, él se encontraba a unos tres kilómetros al norte del edificio de la administración de la autopista, el cuartel general de la policía estatal. Lo siguió durante esa distancia hasta que se encontraba cerca del edificio, antes de ordenarle que se detuviera porque «había más luz y era más seguro». El Pontiac viajaba a velocidad normal por el carril central. Harper primero lo adelantó por la izquierda, observó al conductor y «tomó nota mentalmente de su descripción». Luego se desplazó al carril de la derecha y dejó que el turismo lo adelantara, al tiempo que «tomaba nota mentalmente del sexo y la raza de los pasajeros». Luego se acercó al vehículo desde la izquierda, le hizo señas al conductor (Sundiata) de que parara y llamó al edificio de la administración para pedir ayuda. Cuando al agente Robert Palenchar se le ordenó que ayudara a Harper, comentó por la radio: «Te veo en el paso, colega» y se dirigió al edificio de la administración a ciento ochenta kilómetros por hora.

El agente Werner Foerster también acudió a ayudar en esta «parada», para la cual, según declaró Harper en el juicio, sólo se habría emitido una citación.

Con el paso de los años, me tocaría aprender mucho sobre las formas feroces, selectivas y arbitrarias en que se aplicó la ley y sus procesos contra Assata Shakur desde el momento en que la conocí en aquel hospital en mayo de 1973 cuando ella luchaba por su vida.

Desde luego no puedo mejorar el relato que ella hace de sus experiencias antes, durante y después de sus numerosos juicios, pero debo apuntar que ella atenúa lo horrible de las condiciones en las que fue encarcelada. Como comenta, hasta a un funcionario de la vista (nombrado por el Condado de Middlesex por mandato de uno de los jueces federales ante quien se presentaron nuestras demandas sobre la atrocidad de las condiciones en que se la mantenía) le pareció que esas condiciones eran espantosas.

En la historia de Nueva Jersey, a ninguna mujer detenida a la espera de juicio o presa se la ha tratado como a ella, siempre confinada en una cárcel de hombres, sometida a vigilancia continua durante las veinticuatro horas del día, sin respetar ni sus funciones más íntimas, sin sustento intelectual, sin atención médica adecuada ni posibilidad de hacer ejercicio, y sin la posibilidad de compañía de otras mujeres durante todos los años que pasó en prisión. Interpusimos una demanda de derechos civiles tras otra para protestar por el bárbaro tratamiento que se le infligía de forma selectiva, pero nuestro éxito fue relativo. A medida que se lee su historia, se puede imaginar el efecto

que esas condiciones debieron de tener en esta mujer sensible y orgullosa.

El otro elemento tremendamente irónico de su situación es que durante aquellos años en que esperaba a que se celebrara el juicio de Nueva Jersey, los muchos otros cargos que la habían convertido en fugitiva hasta culminar en el tiroteo de la autopista fueron retirados por falta de pruebas, los casos fueron sobreseídos o concluyeron con un veredicto de inocencia, y sin embargo las condiciones físicas en que se la mantuvo fueron empeorando, en el mejor de los casos. Una vez más, la manipulación de los hechos por parte de los medios se convirtió en un sustituto de la realidad: ninguna de las absoluciones o los juicios que fueron sobreseídos recibieron cobertura mediática. Las enormes precauciones de seguridad para el siguiente juicio de Nueva Jersey, que seguía pendiente, eran la noticia principal en las portadas de los periódicos locales, día tras día, en la comunidad donde se debía seleccionar a los miembros del jurado.

Tan sólo el elevado número de esos cargos infundados apoya el punto de vista de mucha gente que piensa que los enormes esfuerzos del estado de Nueva Jersey para condenar a Assata, a pesar de lo endeble de las pruebas, se llevaron a cabo para justificar la imagen fabricada artificialmente de asesina rabiosa que había demostrado, de forma humillante, ser un fracaso en sus intentos de conseguir que la condenaran en los tribunales federales y estatales de Nueva York.

En Nueva Jersey, Assata fue declarada culpable de complicidad en el asesinato del policía estatal Werner

Foerster y de agresión contra James Harper con intención de matar. Según la ley del estado, si la presencia de una persona en la escena de un crimen se puede entender como «encubrimiento y complicidad» en ese delito, a esa persona se la puede condenar como autora del delito en sí. El estado de Nueva Jersey condenó a Sundiata Acoli por esos mismos asesinatos cuando Assata fue apartada del procedimiento legal a causa de su embarazo. Al jurado en el juicio de Assata por esas mismas ofensas, se le permitió especular sobre el hecho de que «su mera presencia» en la escena del crimen, con armas en el vehículo, era suficiente para permitir una declaración de culpabilidad, aunque tres neurólogos testificaron durante el proceso que su nervio mediano había resultado cercenado como resultado de los disparos, lo que hacía que le resultara imposible apretar el gatillo, y que su clavícula había resultado destrozada por un disparo que sólo pudo haber sido efectuado cuando ella estaba sentada en el coche con los brazos en alto. Otros expertos testificaron que el análisis de activación de neutrones que la policía le administró justo después del tiroteo mostró que no había residuos de pólvora en sus dedos, lo que implicaba que no había disparado un arma. También se la condenó por posesión de armas, aunque ninguna de ellas pudo ser identificada como que hubiera sido tocada por ella, y por el intento de asesinato del policía estatal James Harper, quien había recibido una herida menor durante el enfrentamiento.

Era, y sigue siendo, mi opinión que fue el racismo en el Condado de Middlesex, alimentado por una publicidad tendenciosa e incendiaria en la prensa local antes y

durante el juicio, avivada por el probado carácter ilícito de las acciones del gobierno, lo que hizo posible que el jurado blanco declarara culpable a Assata con el testimonio, no corroborado, contradictorio y en general increíble, del agente Harper, el único testigo de los hechos ocurridos en la autopista de peaje. El testimonio de este agente, como el de los otros testigos de la acusación, estaba plagado de inconsistencias y discrepancias. En tres informes oficiales separados, incluyendo su testimonio ante el gran jurado, Harper declaró que había visto a Assata sacar una pistola de su bolso, mientras estaba en el coche, y dispararle con ella. Al ser interrogado por la defensa, admitió, tanto en el juicio de Sundiata como en el de Assata, que nunca la vio a ella con un arma y que no la vio disparar contra él, es decir, que de hecho había mentido.

Por si fuera poco, el juez se negó a permitir que la defensa presentara ninguna declaración sobre COINTELPRO. La verdad es muy simple. Assata Shakur no tuvo un juicio justo en el condado de Middlesex, Nueva Jersey. Desde el momento en que fue capturada en ese estado, fue declarada culpable por la prensa y por las mentes del público en general, y esto volvió a suceder una y otra vez hasta el juicio. La declaración de culpabilidad en el tribunal fue una mera formalidad.

Querida hermana, gracias por enviarnos tu voz tan vital y por compartir con nosotros tu pasión y tu compromiso. Mientras tanto, nosotros en esta sociedad tenemos que recordarnos una vez más cómo ponemos en peligro nuestros propios intereses y derechos cuando condonamos con nuestro silencio el uso por parte del gobierno de

tácticas de vigilancia, ataques contra la legitimidad de los activistas políticos, y el uso del Derecho criminal para suprimir y castigar la disidencia política.

En 1975, el fiscal general Edward H. Levi, siguiendo órdenes del presidente Carter y en consideración a las conclusiones del Comité Church, formuló las primeras directrices para mantener al FBI dentro de la Constitución en su investigación de individuos y grupos supuestamente peligrosos para la seguridad nacional. Las directrices Levi, aunque no fueron celebradas efusivamente por los defensores de los derechos civiles, intentaban poner coto al uso desenfrenado del poder gubernamental para penetrar y desbaratar organizaciones.

Para 1983, el fiscal general William French Smith, bajo el presidente Reagan, había derogado las directrices Levi y cada año desde entonces la protección de la Carta de Derechos se ha ido erosionando progresivamente. Por ejemplo, en la actualidad el FBI tiene libertad para investigar a personas o grupos a quienes se acuse de abogar por la actividad criminal. Claramente, el gobierno federal persiste en ese abuso desmedido de poder por el que intentó destrozarse a Assata Shakur y a otros grupos e individuos negros mediante la vigilancia, el rumor, las insinuaciones, las escuchas, detenciones y juicios, encarcelamiento y asesinato a lo largo de los años sesenta y setenta.

En tanto los miembros del Congreso, intimidados aún por ABSCAM, sigan teniendo miedo de enfrentarse al FBI y mientras las directrices de este cuerpo se redacten internamente y mientras el Departamento de Justicia esté

sujeto a los imperativos políticos del Presidente, controlado sólo desde dentro del sistema pero sin tener que responder públicamente de sus actos, todos seguimos estando en peligro de sufrir los tipos de represión y secretismo oficial que se cebaron con Martin Luther King, Malcolm X, Viola Liuzzo, Medgar Evers, Fred Hampton, Imari Obadele, Assata Shakur y muchos otros hermanos y hermanas cuyas ideas y actividades suponen una amenaza para el aparato del Estado. Todos somos víctimas en potencia.

Os animo ya a que entréis en el alma y el corazón de Assata Shakur, quien a pesar de todo lo que le ha sucedido, conserva su idealismo original y la confianza en que las personas de principios pueden conseguir juntas el cambio por el bien común de los pueblos del mundo.

Cronología de juicios

Fecha del supuesto delito	Acusación	Jurisdicción estado-federal	Fecha de lectura acta de acusación	Fecha del juicio	Fallo
05.04.1971	Robo a mano armada, Hotel Hilton, Nueva York	Tribunal Supremo del Estado de Nueva York, Condado de N. York	22.11.1977	No se celebró	Caso sobreseído
23.08.1971	Atraco a un banco, Queens	Federal, Distrito Este, Brooklyn	20.07.1973	05.01.1976-16.01.1976	Absolución
01.09.1972	Atraco a un banco, Bronx	Federal, Distrito Sur, Ciudad de Nueva York	01.08.1973	03.12.1973-14.12.1973 19.12.1973-28.12.1973	Juicio nulo por desacuerdo del jurado Absolución
28.12.1972	Secuestro de un traficante de drogas	Tribunal Supremo del Estado de Nueva York, Condado de Kings	30.05.1974	06.09.1975-19.12.1975	Absolución
02.01.1973	Homicidio de un traficante de drogas	Tribunal Supremo del Estado de Nueva York, Condado de Kings	29.05.1974	No se celebró	Caso sobreseído
23.01.1973	Homicidio en grado de tentativa de policías (emboscada)	Tribunal Supremo del Estado de Nueva York, Condado de Queens	11.05.1974	No se celebró	Caso sobreseído
02.05.1973	Homicidio de policías estatales, autopista de Nueva Jersey	Tribunal Superior de Justicia, Condado de Middlesex	03.05.1973	09.10.1973-23.10.1973 01.01.1974-01.02.1974 15.01.1977-25.03.1977	Cambio de sede Juicio nulo por el abrazo de Assata Declarada culpable

[1] Lennox S. Hinds, *Illusions of Justice: Human Rights Violations in the United States*, University of Iowa, 1978.

[2] La información que aquí se presenta se basa en archivos y documentos judiciales federales y estatales, circulares del FBI, archivos de los servicios secretos, historiales de la policía e información aparecida en medios de comunicación.

Afirmación

Creo en la vida.
Creo en el espectro
de los días Beta y las personas Gamma.
Creo en la luz del sol.
Creo en cascadas y molinos de viento,
en triciclos y mecedoras.
Y creo que la semilla se hace brote.
Y el brote se hace árbol.
Creo en la magia de las manos.
Y en la sabiduría de los ojos.
Creo en la lluvia y creo en las lágrimas.
y en la sangre del infinito.
Creo en la vida.
Aunque he visto el desfile de la muerte
marchar por el torso de la tierra
esculpiendo a su paso cuerpos de barro.
He contemplado la destrucción de la luz diurna,
y he visto rezar y cuadrarse ante gusanos sanguinarios.
He visto a los buenos volverse ciegos
y a los ciegos tornarse ataduras
en una sencilla lección.
He caminado sobre cristales rotos.
He mordido el polvo y he metido la pata
y he respirado el hedor de la indiferencia.
Me encerraron los sin ley.

Me esposaron los odiadores.
Me amordazaron los codiciosos.
Y, si hay algo que sé,
es que un muro es sólo un muro
y nada más que eso.
Se puede derribar.
Creo en vivir.
Creo en el nacimiento.
Creo en el sudor de amar
y en el fuego de la verdad.
Y creo que un barco perdido,
guiado por marinos exhaustos, mareados,
aún puede ser dirigido para que regrese
a puerto.

Una autobiografía

Assata Shakur



